Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 17

La universidad del futuro en Do Mayor

Rugarcía Torres, Armando

2015-03-12

http://hdl.handle.net/20.500.11777/479

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

Magistralis, no. 17, julio-diciembre, 1999

LA UNIVERSIDAD DEL FUTURO EN DO MAYOR

Armando Rugarcía Torres*

Introducción

La tendencia del hombre a renovar la manera como ve las cosas al experimentar algo promueve la escritura de este ensayo que puede clasificarse, con un poco de humor, dentro de la literatura de ciencia ficción. "La universidad del futuro en Do mayor" es una versión del informe que rendí al terminar los ocho años que marcan los estatutos de la rectoría del campus de la UIA ubicado en Puebla; se fue gestando durante mi estancia sabática en el Boston College en los EUA. Se dice que conviene alejarse de vez en cuando de los seres queridos para apreciarlos mejor en sus luces y en sus sombras, en sus peculiaridades, en las creencias míticas que sobre ellos tenemos... Creo que esto es verdad.

Todo informe rectoral en estos tiempos está plagado, por un lado, de agradecimientos y reconocimientos y, por otro, de datos y estadísticas que muestran el desarrollo de la institución y que no voy a repetir en este escrito de tinte general. Sólo voy a incluir el viaje, que después de cumplir con esta responsabilidad rectoral, decidí hacer hacia la universidad del futuro, que percibo quiere emerger de entre las entrañas de la universidad contemporánea, acribillada por los embates de la modernidad.

El acento se pone en aquello que considero esencial y que la universidad ha perdido en virtud de su dinamismo para desarrollarse en lo

* Profesor de tiempo completo, UIA-GC.

material, en lo tecnológico, lo externo, quizá lo superficial. La universidad se preocupa y ocupa por "vestirse" y descuida sus procesos internos, atados irremediablemente a sus resultados sociales y humanos.

Se ha perdido de vista que ese 1% de la población mundial que asiste a la universidad influirá determinantemente en el futuro del hombre y de sus instituciones. Preocupada por el aquí y el ahora, la universidad camina sin rumbo o, mejor dicho, sin un horizonte asumido concientemente. De Ion (personaje de Sócrates en uno de sus diálogos puesto en escena por Platón) a tantos otros personajes actuales, la tarea universitaria ha perdido sustancia o relevancia, horizonte. Los egresados carecen de la formación adecuada a estos tiempos; la investigación guarda una correlación muy baja con la solución de los problemas sociales y la difusión carece de impacto positivo para la mayoría de la audiencia. La universidad del siglo XX está terriblemente desafiada por las calamidades sociales y por un hombre desintegrado, desmoronado, deshecho.

Siguiendo la pauta del discurso aludido, iniciaré diciendo: "Honorable consejo universitario", perdón, distinguido lector: asumí la rectoría no como una distinción o reconocimiento, sino como otro camino temporal en el servicio universitario. En estos últimos ocho años intenté discernir con cuidado el contexto, las circunstancias, mi vocación y la voluntad de Dios. Siempre tuve presente el mayor bien de la región y de nuestro país y en consecuencia de nuestros alumnos, de nuestra universidad y de nuestro sistema universitario en México. Esto me fue orillando a enfatizar mi actividad de difusión: escritos, ponencias, conferencias, paneles y cursos a directivos y profesores, no sólo en la UIA, ni sólo en Puebla.

Esta parte discursiva del Informe la fui elaborando durante 16 meses en momentos esporádicos de reflexión, evaluación y síntesis; durante viajes al Distrito Federal, León, Orizaba y a otras partes del país o el extranjero; en madrugadas, fines de semana y salas de espera; en lecturas de reportes, libros, artículos y noticias sobre la cuestión universitaria; en momentos de descanso y a veces hasta de distracción; y al final, durante una sentada larga e intermitente para integrar todo esto. Este discurso del Informe es una serie pretensiosamente ordenada de *insights* desordenados sobre la cualidad de nuestro quehacer universitario.

Si son personas derrotadas por el pasado o ancladas en el presente les sugiero se evadan de esta síntesis rectoral. Pero si son gente de empuje, de visión y esperanza, acompáñenme en este recorrido que conduce a la "universidad del futuro", cuyo rostro contrasta con la universidad tradicional, rutinaria y ciertamente difícil de innovar. La universidad ha sido una de las pocas instituciones a la que guerras, pestes, mutaciones históricas y cuanto hay no le han hecho mella alguna, ya que su estructura original permanece incólume, en un estado virginal que llama la atención no tanto de propios como de extraños. Y cuando una universidad, para adecuarse a los tiempos tiene que hacer algo diferente a lo que hace, crea siameses fuera de su torre de marfil. Éste es el caso de la universidad abierta en España, de la *open university* en Inglaterra, de la universidad virtual en Arabia Saudita o de la universidad tecnológica en México o Francia.

La universidad del futuro, por otro lado, es responsablemente abierta al contexto social, pero cuidando de interactuar de manera congruente con los planteamientos derivados de su ser universitario. En la universidad del siglo XXI se establecen líneas prioritarias derivadas de su misión e ideario que orientan su caminar, sus proyectos y sus programas concretos. Ejemplos de estas líneas prioritarias son: desarrollo social, excelencia educativa, excelencia académica, procesos participativos e interdisciplinariedad. En el significado de estas líneas prioritarias se ubica la personalidad de la universidad del mañana.

Desarrollo social

Las noticias escandalosas que se generan como producto de la descomposición social plantean el reto principal de estos tiempos, no sólo a la universidad sino a la sociedad en general. Valgan algunas de ellas:

La civilización de la copa de champagne descrita por Gorostiaga (1996) en la que, en 1994, el 20% más rico de la humanidad controla el 83% de la riqueza y el 20% más pobre sobrevive con sólo el 1.4%. En 1998 estos porcentajes se alejan más: el 20% más rico disfruta del 86% de la riqueza y el 20% más pobre del 1.3% de ella (ONU, 1999).

El crecimiento acelerado de supermillonarios, carrera sin sentido en la cual nuestro país lleva la delantera. Entre 1987 y 1994 el número de

supermillonarios ha crecido en 140% y la nación que más lo ha hecho es México.

La degradación ambiental está estrechamente ligada a la pobreza. La estrategia de la revolución verde no logró solucionar los problemas del hambre, más bien acentuó la desigualdad social centrando los beneficios en los grupos poseedores de recursos económicos y naturales. Esta situación, aunada a los instrumentos legales, permite la formación de grandes extensiones privadas ganaderas bajo la definición de "pequeña propiedad". El artículo 27 de la Constitución Mexicana establece que por "pequeña propiedad ganadera" será considerada aquella que no exceda la superficie requerida para mantener 500 cabezas de ganado. Así, dependiendo de la zona ecológica, una "pequeña propiedad ganadera" puede llegar hasta 20 mil hectáreas. Esto sin contar con mecanismos fraudulentos como dividir la propiedad entre los miembros de la familia o la utilización de "prestanombres" que sirven para encubrir enormes latifundios. En contraste, la mayoría de los campesinos de este país sólo cuentan con una hectárea para cultivar, si acaso.

Según informe de la Interpol, en 1994 el tráfico de drogas fue equivalente a 400 mil millones de dólares, de los cuales 15% son lavados por bancos transnacionales.

Las selvas tropicales húmedas, que constituyen los ecosistemas terrestres más ricos y complejos, ocupaban originalmente más de 10 millones de hectáreas de la superficie del país; hoy han quedado reducidos a menos de un millón, concentrándose en los estados de Chiapas, Oaxaca y Veracruz.

El gasto militar mundial en 1993 fue equivalente al ingreso per cápita de la mitad de la población mundial. Cada vez se hace más necesario racionalizar esta inversión. Un avión de combate cuesta lo que 80 millones de textos escolares. Un tanque de guerra equivale a 7 millones de vacunas infantiles.

La problemática del género se manifiesta por el hecho que de los 1 300 millones de pobres que habitan la Tierra, 70 % son mujeres (1999).

La pérdida de los suelos es posiblemente el problema ecológico más grave que experimentan los recursos renovables en México. Se reporta (1998) que entre 60% y 80% del territorio nacional está afectado; de esa superficie alrededor de 40% presenta grados muy severos de erosión.

Por último, nos debería dar vergüenza que México ocupe del primero al tercer lugar en corrupción política a nivel mundial, dependiendo del criterio que se siga para clasificar. El costo de la próxima campaña presidencial en nuestro país será la más cara de la historia en el mundo. No es tanto lo que cuesta acceder al poder sino la fuente de los recursos para lograrlo y lo que con ello, después, se recupera.

La conclusión macabra es clara: la sociedad está en descomposición, falta de vida, de ilusión, de sentido..., está desalmada. El tráfico de drogas, la corrupción, la guerra, la contaminación y tantas otras plagas contemporáneas, manifiestan un tiempo crítico sin precedentes; no hay una institución social que no esté afectada por una crisis brutal: la familia, la banca, la empresa, los sindicatos, el gobierno, la Iglesia, la escuela, la universidad... O, en otro ámbito, la economía, la política, la ciencia, la cultura, la religión, la educación..., la sociedad.

Se requiere de una alta dosis de inocencia, dice Carlos Fuentes, para seguir creyendo en un progreso no sólo material sino moral mientras subsistan las advertencias del holocausto ordenado por los nazis, la devastación de Manchuria por los bombardeos japoneses, la salvaje tiranía stalinista, la cruel represión franquista, la muerte de los aires en Hiroshima y Nagasaki, la destrucción de Dresden por la aviación británica y luego la respuesta francesa en Argelia, la defoliación norteamericana en Vietnam y Cambodia, el perverso acoso de Washington al cambio social en nuestro hemisferio y la terrible corrupción que nos pervade en México.

Nosotros, que pomposamente nos preparamos para entrar al tercer milenio, perdemos de vista que el mayor escándalo de nuestro tiempo (la disminución del nivel de vida de la mayoría de la población) recibe una atención demasiado escasa, no sólo de los medios masivos de comunicación y de nuestras universidades, sino de nuestra conciencia. El 70% de la gente de México y América Central vive en la pobreza y de ellos como 40% en la miseria. El poder abusa de las mayorías usando docenas de artimañas.

De Carlos III de allá a Carlos I de acá, el resultado siempre ha sido el mismo: la riqueza acumulada arriba se queda allá arriba y la miseria acumulada abajo se queda allá abajo. Las tres cuartas partes del valor agregado de las compañías multinacionales se produce, se queda o regresa a sus países de origen. Pareciera que las naciones tienen que

entregar su soberanía para entrar a la globalidad. La fidelidad al dogma económico jamás se tradujo en mejores niveles de vida, de ahorro, de educación, de empleo, de ingresos. Entre crisis y crisis, sobre todo de 1982 a 1997, empeoró el salario y empeoró la extensión y calidad de la educación. Sólo aumentó numéricamente la población, su miseria y su ignorancia. Parece que el crecimiento no basta para eliminar la pobreza. Entre 1950 y 1980 el PIB de América Latina aumentó en 80%. En el mismo periodo la pobreza aumentó 10%. Lo que necesitamos con urgencia son proyectos que ayuden a los pobres a valerse por sí mismos a corto plazo. Es necesario devolverle el "poder" a la gente.

Los países que acceden a limpias de brujería global creyendo que sólo así se vuelven modernos y respetables acaban protagonizando su propia ruina y la de los demás. Lo que necesitamos con urgencia es una ética del consumo que podría tendencialmente plantearse de la manera siguiente: no consumir productos que no los pueda adquirir cualquier ser humano o que dañen la vida del hombre y la del planeta que habita.

Todos estos y otros problemas nos preocupan y ocupan, pero aunque suene extraño quisiera afirmar que el problema de fondo de la sociedad moderna no es ni la corrupción o la guerra, ni la contaminación o el tráfico de drogas, ni la pobreza o miseria, ni tantos otros males que nos afligen, sino la muerte del "otro". Ese infeliz que vaga por el mundo como sonámbulo buscándonos.

El otro es Antonio, Jorge, Guadalupe o Margarita, quien purga una condena por un crimen que no cometió. Pero también es Arturo, Carlos o Alejandro, quien hace gestiones para que salga de la cárcel.

El otro es Fernando, Juan, Mauricio, Jesús o Jaime, ese "amigo" que me reclama, al que le doy la espalda porque ya no puede darme algo a cambio.

El otro es Teresa, Cecilia, María o Martha, esa hija quien se las ve negras para pagar sus estudios porque me divorcié de su mamá.

El otro es Vázquez, Martínez, García o Morales, esas familias que circulan por una calle que a un año de haber sido inaugurada está llena de hoyos y por la que se pagó tres veces su costo.

El otro es Laura, Sofía, Rafael o Ricardo, que consumen un producto del que ignoran les hace daño.

El otro es Ángel, Pedro y Rubén, Concepción y Clara, que necesi-

tan más compasión y preparación para enfrentar la vida que enseñarles a leer y luego abandonarlos a su misma suerte.

El otro es Claudia o Adriana, esa joven a quien su padre mató por amar a un policía, como dando a entender que una hija no tiene derecho a escoger a quién entregar su cariño.

El otro es Ramiro, Rebeca, Andrea o Javier, esa audiencia que se traga nuestras mentiras desde la cabina, la palestra, el aula y el púlpito.

El otro es Alberto y Georgina, Gabriel y Verónica, quienes pagan los impuestos más altos del mundo y ven morir a su hija por la falta de una buena atención médica, y que tienen que pagar la escuela de sus hijos en pos de una mejor educación.

El otro es Eduardo, Mario y Ana, Enrique, Manuel y Marcela, para quienes no tenemos claras las consecuencias educativas de navegar por Internet o de usar un libro de texto único.

El otro es Montero, Cárdenas, Flores y Contreras, quienes a los pocos años de habitar una casa se quedan sin agua.

La conclusión es clara. La crisis social impide ver la crisis del hombre manifestada por la soledad, frustración, enajenación, desamor, falta de sentido..., en el que vive, al decir de algunos científicos. Y la crisis del hombre devela esencialmente una crisis en sus decisiones, mismas que están atadas a sus valores, aquellas cosas en las que hemos puesto el horizonte de la vida, en las que nos apostamos. Decidir remite a la ética, misma que trata de mi vida, tu vida, nuestra vida y no de la vida en abstracto. Ética, decisión y valores están atados irremediablemente en la existencia. Es una lástima que escondido detrás de los matorrales de la decisión se encuentre siempre agazapado uno mismo: primero yo, después yo y ya hasta después... ¡también yo! No necesitamos imaginar el mundo producto de esta dinámica existencial, simplemente ahí esta coludido con nosotros. La verdadera crisis mundial se anida en la interioridad del hombre, en sus decisiones. Por eso en la cotidiana lid yo-tú, venzo siempre: ¡yo! "*Do ut des*", te doy para que me des.

El hombre y sus instituciones están enfermos de superficialidad, de exterioridad, nada les causa encanto ni atractivo, en un eterno *spleen* muriendo viven y es su única ilusión la del dinero. Esta superficialidad extermina la conciencia y mata la libertad. Nunca hemos sido tan iguales, monótonos y aburridos como hoy; hemos perdido autenticidad

porque no tenemos un sentido válido en la existencia. Los fallos de nuestras filosofías económicas, como los fracasos de nuestras reformas políticas y educativas, se deben a la importancia que conceden a todo lo externo, a lo aparente, a lo superficial.

Disculpen ustedes, pero maldito dinero ante el cual nos arrodillamos y hasta prostituimos, que nos fuerza a vender nuestra conciencia, nuestra intimidad, nuestra alma; maldito dinero que nos orilla a "comprar" o "vender" la conciencia de otras personas. La esclavitud no ha sido abolida, simplemente ahora es más sutil. De qué le sirve al hombre andar la vida con los bolsillos llenos si pierde la brújula del amor en el camino. Por esto, la urgencia de hoy es una ética mínima del cuidado. El que cuida, respeta, apoya, acompaña y, a final de cuentas, ama. Perdemos de vista que las necesidades humanas que realmente valen la pena, como la esperanza, el consuelo, el sentido, la ilusión, el amor, la introspección..., no se pueden comprar ni obligar, son simplemente las bases del espíritu humano, los ecos de la felicidad.

El cambio de época más bien denuncia la ausencia de una relación humana verdadera, franca y apasionada, esa que tiene presente en serio a la otra persona. Para algunos pensadores contemporáneos, el principio no está en la razón sino en la relación. Uno se hace humano en la relación. Somos relación. Sólo hasta que Adán le dijo a Eva "eres carne de mi carne y sangre de mi sangre" se hizo persona. ¿Qué saben los que aman? Que el estado de amor pone en trance la sensibilidad, afina la inteligencia, afila la creatividad, enjundia el corazón, incendia la afectividad y le pone alas a los ojos, los labios, las manos y los pies: transfigura al sujeto enamorado. El que quiere de verdad se compromete aunque no quiera.

No se trata de pasar la vida simplemente reclamando por la pobreza, la miseria, la corrupción, la contaminación y tantos otros holocaustos contemporáneos, ni mucho menos acumulando posesiones innecesarias que llegan a esclavizarnos, sino de ganar en compasión; es decir, resucitar al otro en nuestras vidas, tenerlo presente en nuestras decisiones. El otricidio es el peor de los asesinatos y no hay otra ley que la conciencia, que lo pueda legislar. El gran ausente de la revuelta erótica de este siglo, dice Octavio Paz, ha sido el amor, hemos dejado que la libertad erótica haya sido confiscada por los poderes del dinero y la publicidad.

Por andar promoviendo y defendiendo la libertad nacional, religiosa o de los mercados, pisoteamos la libertad personal, no sólo en la familia y la escuela sino en la empresa y el gobierno, en la Iglesia y en la universidad. Se pierde de vista que la libertad nos fue dada para moldear la vida y modificar el destino y que el hombre empieza a ser verdaderamente libre cuando decide servir a los demás.

Con frecuencia, la sola preocupación por los problemas nacionales ocluye nuestra conciencia solidaria o fraterna, inclusive para con los más cercanos. Nos pasa desapercibido que uno se hace prójimo al cuidar del otro, al abrazar a los demás. Porque uno es prójimo al acercarse de corazón y de hecho a aquel que nos reclama. Perdemos de vista que solamente en el amor se aprende a hablar cara a cara la verdad en transparencia. Porque frente al ser que uno realmente ama no queda de otra, o te expresas con la verdad o la relación desde lo hondo del alma se desfonda, se resquebraja, aunque externamente todo parezca un jardín de rosas. En última instancia el potencial para cambiar las cosas se anida en el corazón humano y no en las estructuras, aunque por supuesto éstas influyen seriamente.

El hombre podría salvar de la muerte a 40 millones de personas por enfermedades curables o evitar que 14 millones de niños al año mueran de hambre, pero el hombre ¡no quiere! Con sólo el 0.3% de impuesto a los capitales golondrinos se podría dar comida y vivienda a toda la humanidad. El problema de la modernidad es que se olvidó del hombre concreto, de ti y de mí, de nosotros, de ellos. Y el problema del hombre concreto, de ti y de mí, es que nos hemos olvidado de los demás.

Por eso, la universidad del futuro establece un modelo de intervención social peculiar y adecuado a los tiempos: plural, generoso, crítico, propositivo, honesto, trascendente y centrado en las personas.

La conciencia social, o en el fondo la conciencia del otro, es, creo yo, el rasgo más relevante de la universidad del mañana. Sin embargo, un matiz toca la puerta de este apartado. La universidad futura debe orientarse hacia promover la otredad, pero sin indoctrinar, manipular o avasallar a la gente de fuera ni a la de adentro. Es decir, la universidad debe velar por la sociedad y por el hombre, reto inusitado para su inteligencia y creatividad, ante el cual la historia claramente diría: ¡imposible!

Por esto, la misión universitaria que ha roto sus puertas y penetrado la conciencia de la universidad del futuro es: "formar hombres y

mujeres capaces para los demás". Un egresado capaz puede desempeñar un quehacer social con pertinencia, obteniendo en consecuencia satisfacción, recursos para vivir, reconocimiento... En el otro extremo un egresado incapaz es un parásito y con frecuencia roedor social. Pero al educar, investigar o difundir, la universidad se preocupa también por atender una necesidad social, situación que reclama por revisar en serio la operatividad y límites del último tramo de la misión aludida. La universidad futura, por tanto, "es para los demás". En la universidad del futuro los valores no se enseñan en el pizarrón o con la palabra, sino que se abrazan y se viven, se expresan, se sudan, se contagian en los hechos; dejemos de darle vueltas y vueltas al asunto de la justicia social, ésta es imposible sin asumir al otro en la existencia, es decir, en nuestras decisiones.

Excelencia educativa

En el origen fue la palabra, dice la *Biblia*; en el principio fue el gesto, dicen los antropólogos; en el inicio fue la imagen, dice el psicoanálisis; en el origen fue el caos, dicen algunos científicos; hoy es la apariencia, lo superficial, la indiferencia, el engaño, decimos todos; y mañana, si lo hay, será la integración, dice la universidad del tercer milenio.

La educación y sus instituciones también han perdido el rumbo. La universidad como institución está profundamente desafiada en esta sociedad de cambio de época. Son tantos y tan brutales los cambios experimentados en este umbral del nuevo milenio, que sentimos el vértigo del desconcierto. Es la sociedad entera la que está sometida a reestructuración y readaptación. Es el hombre mismo quien necesita rehacerse. Para todo ello, la educación tiene la palabra. Sin embargo, la tarea educativa, que sigue mirando hacia el pasado de lo que tiene que transmitir y hacia el presente de las nuevas generaciones a las que tienen que educar, no puede menos que sentirse perturbada. ¿A dónde va nuestro mundo? ¿Hacia dónde apuntan los cambios? ¿Qué necesita el hombre para sobrevivir dignamente?, ¿qué la sociedad? ¿Cómo situarse como educador ante ello? Frecuentemente nos falta el horizonte desde el cual perfilar las situaciones y su innovación. Pegados a la tarea cotidiana de bregar con las demandas del aquí y el aho-

ra, de la consecución de más y más recursos, de la preparación de las clases, de la atención concreta a los jóvenes, de la asesoría en proyectos, además de la proliferación de las reuniones y la burocracia, el maestro baja tanto los ojos al suelo, mira tanto a los lados, que pierde de vista el horizonte. Y sin horizonte no hay perspectiva. La carencia de horizonte encadena a lo pequeño y produce graves trastornos con elementos banales. La educación se atasca en el pantano de lo instrumental e inmediato, sin tener realmente en cuenta al educando en el mediano y largo plazos, cfr. Mardones.

¡La educación está muerta! Nuestra erudición e ideas bumerang (esas que aparentemente buscan algo bueno para la institución pero que terminan en nuestro bolsillo) han hecho de ella un evento ciertamente irrelevante para niños y jóvenes y por ende para nuestro país. Los egresados saben cosas, pero sin entenderlas, resuelven problemas sólo si tienen un instructivo fiel y detallado que seguir y toman decisiones echando volados con la mirada puesta radicalmente en uno mismo. Por supuesto que es evidente que existen escuelas, maestros y alumnos; universidades, licenciaturas y posgrados; pizarrones, computadoras y equipos; inversiones y esfuerzos, pero lo que arguyo es que no hay educación, es decir, no se prepara cabalmente a los estudiantes para enfrentar su futuro y aliviar la sociedad. Escolarizar no es educar.

En la Constitución Mexicana, lo mismo que en muchas otras, se afirma que todos tenemos derecho a la educación, pero para eso que estamos promoviendo en familias, escuelas y universidades no hay derecho. La desolación, la miseria, la injusticia, la opresión, la guerra y las destrucciones recíprocas de los seres humanos no salen de la nada sino de la siembra "educativa" en la mente y el corazón de niños y jóvenes. Se dice que la vida es la primera víctima de la guerra. Se podría decir que, también, la preparación para enfrentar la vida es la primera y más importante víctima de la educación. Ningún país es mejor que la gente que genera su sistema educativo.

Nos preocupa y ocupa todo menos lo que debe ser: el desarrollo del educando teniendo presente la situación social. Se nos ha olvidado que la escuela y la universidad son el hogar del desarrollo del hombre y el alivio social, y no sólo de la ciencia y el conocimiento. No se puede esperar que la economía mejore para que la educación mejore; más bien mejorando ésta, aquélla contará con mejores actores. La pregunta clave

para el desarrollo humano y social es qué significa educar para la convivencia, la democracia, la igualdad de los géneros, la promoción de las minorías, la construcción nacional, la protección ambiental..., en el fondo, para el abrazo del otro. Hemos perdido de vista que la educación es la única revolución amorosa de la que el hombre tiene noticia.

Nos pasa desapercibido que cuando el hombre y su sociedad están en crisis es tiempo de la educación, pero de una educación diferente a la que hemos recibido y estamos ofreciendo. Porque si bien se afirma por doquier que la educación encierra la esperanza de un futuro mejor, precisamente por esta ineludible relación educación-futuro se puede afirmar que la educación pasada o recibida ha sido germen de la crisis humana y social que nos pervade. Es necesario reformar la educación para que deje de ser causa de la crisis y sea parte de su solución. Pretender educar con más de lo mismo es un "crimen" humano y social.

Si recobrásemos una filosofía de vida que pone el sentido donde debe (en familias, en los amigos, en el cambio de estaciones, en la naturaleza, en ceremonias y rituales simples, en la curiosidad, en la generosidad, en la compasión y en el servicio cualificado a los demás; en una independencia y privacía razonables, en todas las cosas gratuitas y accesibles de las que están hechas los grupos humanos reales y los hombres reales) seríamos tan autosuficientes que ni siquiera necesitaríamos la "suficiencia" material en la cual nuestros "expertos" globales insisten tanto que empeñemos la vida.

En mi opinión, a los niños y a los jóvenes había que familiarizarlos cuanto antes con la recompensa existencial de una educación diferente en lo espiritual, cívico, afectivo, estético y profesional; el supremo placer de no tener amos, pero sobre todo de no ser amo de nadie. Los niños necesitan también aprender con las caricias genuinas, con la risa genuina, con la mirada de verdadero agradecimiento, con la charla y el debate respetuoso, con los paseos a la caída de la tarde o en el amanecer..., con lo que no cuesta o, mejor dicho, que cuesta solamente un poco del tiempo de nuestra vida. Nada tan miserable como ese hábito de gratificar a los hijos con propinas cuando realizan cualquier servicio familiar. Con el pretexto de fomentar su sentido del ahorro o de la responsabilidad se les convierte en pequeños empleados cuya amorosa compañía debería ser su mejor recompensa. Cuando crezcan no disfrutarán con nada que no hayan pagado caro o que no vean envi-

diar por alguien más. Estoy hablando del fracaso de la cultura, al menos del sentido de la cultura. Quien está bien educado sabe que nunca lo está del todo, pero que lo está lo suficiente como para querer estarlo más; quien cree que la educación concluye con la familia, la escuela o la universidad no ha sido realmente encontrado por el andar educativo, sino sólo decorado por sus tintes menores. Qué lástima que nos haya influido más al poder de grupos sociales, la ciencia y la tecnología en la educación que la pedagogía y la compasión. También los animales quieren a sus crías, pero lo propio de la humanidad es el vaivén entre el amor y la pedagogía. Sin embargo, Goethe afirma que da más fuerza saberse amado que saberse fuerte: la certeza del amor cuando existe nos hace invulnerables. De manera análoga, da mas fuerza en la vida sentirse amado que sentirse educado. O quizá debería decir que no puede haber educación sin su constituyente amoroso.

El esfuerzo educativo es siempre rebelión contra el destino, sublevación contra el futuro: la educación es antifatalidad, no el acomodo programado a ella... "para comerte mejor", como dijera el lobo pedagógicamente disfrazado de abuelita. Si la educación renuncia a reforzar la autonomía personal, la creatividad grupal, el conocimiento veraz y la generosidad de la que se deriva el coraje, los niños y adolescentes negociarán su autoestima en otros mercados porque humanamente nadie puede andar sin ella.

Una idea de educación más cercana a la ateniense, es decir, integral y más lejana a la espartana con su rigidez, frialdad e imposición, camina por las venas de la universidad del futuro. Se busca interpretar los tiempos y proponer algo que los renueve, como lo hicieron en su tiempo Nietszche, Dante, Freud, Fromm, Marx, Jesús y Gandhi. En este caso se busca, se perfila una educación que conduzca a renovar al hombre y a la sociedad en la que vive. La educación es parte inagotable de lo humano, argumenta Fullat, de lo verdaderamente humano.

La educación del futuro entiende que la corrupción social es más bien corrupción de los individuos y no tanto de las estructuras sociales. Por esta razón pretende abrazar lo técnico, pasajero y concreto, con lo humano, perdurable y generalizable; la satisfacción de necesidades sociales y el desarrollo de la persona; la antropología filosófica con una visión sociológica de la educación. La universidad futura sirve al ser

humano y a la sociedad. Por ello asevero que la posibilidad del progreso en el siglo XXI dependerá, ante todo, del cambio educativo y que esta reforma no podrá darse a menos que llegue a ser una obsesión nacional reflexionada.

"Formar hombres y mujeres capaces para los demás" va buscando esta integración: lo profesional con lo social, lo teórico con lo práctico, lo científico con lo tecnológico y esto con el beneficio social; capacitación y servicio, progreso y desarrollo humano, persona y sociedad. Necesitamos egresados con la preparación que les permita salir adelante en este mundo competitivo y, al mismo tiempo, contribuir a resolver los problemas sociales y humanos que nos acechan. La universidad del futuro, reitero, vela por el hombre y la sociedad.

Por lo anterior, la opción educativa no es exclusiva ni mucho menos discriminatoria. No significa que debamos dedicarnos a formar a los niños y jóvenes de cierta clase social o cierto género, sino que formemos a todos —ricos o pobres, hombres o mujeres, jóvenes, niños o viejos— en la perspectiva de la otredad. Tenemos que promover que nuestros estudiantes en cualquier situación adquieran una actitud constante que los induzca a no tomar jamás una decisión importante sin antes haber sopesado sus consecuencias para los demás, sobre todo los más necesitados. ¿Quién es al fin de cuentas más pobre, el rico o el pobre; mas humano, el hombre o la mujer; con mejor edad, el niño o el joven?

Excelencia académica

La espina dorsal del asunto universitario es tener presente al hombre concreto, hoy la estudiante, el lector, la usuaria; mañana el cliente, la colega, el trabajador..., el hijo, la pareja, el amigo..., el otro. Todo lo demás es subsidiario, pero necesario: computadoras, equipos, gises, satélites, libros y cuanto hay; profesoras y directivos. Excelencia en los medios o recursos no necesariamente la implica en los resultados. Educar, investigar y expresar no es presumir; ser no es lo mismo que tener.

La universidad del futuro reclama por universitarios con una pasión incontenible por la gente. Necesita profesores apasionados por el desarrollo integral de sus alumnos, que no se queden perplejos ante las

lentejuelas y espejitos de la modernidad, que no entreguen su corazón a cambio del oro de los mercados. Requiere investigadores sin ataduras y sin miedos. Independientes para decir lo que el análisis crítico concluye una vez separada la evidencia. Aunque esa verdad descubra a unos, ponga en peligro a quienes la afirman, angustie a los amigos que preferirían el silencio, contradiga las expectativas con resultados que no son amables y por ello no dan ni prensa ni dinero ni prestigio, hay que decirla. Solicita administradores, directivos y mecenas prestos a servir a los intereses académicos y a ningún otro; que no inclinen la cabeza ante los embates de las musas de estos tiempos: el poder, el dinero, el placer..., en el fondo, uno mismo. Universitarios capaces y solidarios que sepan serenamente que sólo la transparencia amorosa ante la realidad la construye.

Nadie va a discutir que la materia de la sociología, la historia, la antropología y la literatura es el ser humano, la gente, pero ¿es el ser humano concretizado en personas el sentido vital del sociólogo, historiador, antropólogo o literato? Una cosa es estudiar a la gente y otra vivir para ella. Tampoco se discute que el papel del abogado, ingeniero, diseñadora, psicóloga, administrador y comunicóloga es proporcionarle un bien a la gente, pero ¿es en realidad la gente el sentido de éstos y otros profesionales? Una cosa es procurar bienes para las personas y otra decidir en función de su bienestar, no del nuestro, como con frecuencia sucede.

En síntesis, la universidad del futuro distingue medios de fines, entiende que la excelencia académica es una función de la excelencia humana y el desarrollo social, y va más allá de la docencia, la investigación y la difusión. En la universidad del futuro se observa que los estudiantes en un centro de idiomas, por ejemplo, al tiempo que aprenden alemán, francés o inglés, aprenden a aprender, a resolver problemas y a tomar decisiones éticas; también se observan programas pertinentes al contexto social actual, como una maestría en "Estudios y gestión de la ciudad" u otra en "Calidad".

Tenemos la necesidad de preguntar cómo, porque no nos gusta andar sin camino, pero tenemos necesariamente que preguntar también para qué, porque no nos place transitar una vereda que quién sabe a dónde nos lleve. Ciencia o tecnología sin ética son como un vuelo espacial sin destino. Volar por volar. Lo mismo se puede decir de la vida:

ésta, sin ética, equivale a vivir por vivir, ir al trabajo a desempeñarlo porque uno simplemente ha despertado.

Interdisciplina y participación

El hecho es que la mayor parte de la élite académica tiene una percepción limitada de la realidad, que resulta totalmente inadecuada para atender los principales problemas de nuestro tiempo. Estos problemas son intrínsecos al sistema, lo que significa que están estrechamente vinculados y que son interdependientes; no es posible entenderlos y resolverlos dentro de la metodología fragmentada que caracteriza nuestras disciplinas académicas y nuestras agencias gubernamentales, cortas de perspectiva.

La universidad del futuro no le tiene miedo a la relación y al diálogo: es interdisciplinaria y participativa en su constitución y en su manera de ser. Tiene estructuras que promueven que la actividad académica y administrativa se realice desde la óptica de varias disciplinas y áreas de la universidad, y redes interpersonales que operan proyectos integradores. Ejemplos concretos serían: eventos como "universidad y cambio de época", miércoles interdisciplinares, planeación comunitaria, investigación multidisciplinar sobre problemas complejos y acuciantes como la pobreza, publicaciones conjuntas, día de la comunidad, comités mixtos...

El diálogo, vehículo necesario a esta manera de ser, no es ni sordo ni mudo, ni tampoco indiferente. Si no hay un equilibrado interés por el problema o situación del otro, el contenido del diálogo no vale la pena; y si las saetas dialógicas no proceden de una crítica abrazada a una propuesta, es como perder el tiempo y correr el riesgo de causar heridas personales o institucionales difíciles de curar.

La verdadera dialéctica no es ningún monólogo del pensador solitario consigo mismo, es un diálogo entre tú y yo... La esencia del hombre se contiene únicamente en la comunidad, en la unidad del hombre con el hombre; una unidad, sin embargo, que se apoya tan sólo en la realidad de la diferencia entre tú y yo. Hay una distancia absoluta entre el yo y el tú, que se hallan absolutamente separados por el misterio inefable de su intimidad. Por esta razón el yo y el tú no se dejan unir en un abrazo objetivo; no cabe entre ellos ninguna "y". Pero precisa-

mente esta distancia posibilita el diálogo, la relación, que significa la no indiferencia del tú para el yo. Y precisamente la relación en que el yo encuentra al tú es el lugar y la circunstancia originaria del acontecimiento ético.

Tomar en serio la participación comunitaria implica cambiar el concepto de autoridad. La autoridad no es la que da órdenes sino "aquello que hace crecer". Si se acepta que una persona crece al tomar sus decisiones concientemente y una institución lo hace al decidir grupalmente, la autoridad debe promover y acompañar las decisiones. La autoridad es servicio. El poder ejercido con autoritarismo no sirve.

Esta mancuerna interdisciplinariedad-participación fuerza a la universidad futura a ser una institución creativa que tropieza con los reglamentos y con lo establecido; pero en la que se ve gente trabajando con entusiasmo y propuestas universitarias originales y pertinentes a su contexto, tales como: una maestría en "comunicación y diseño", jornadas estudiantiles multidisciplinares, una maestría en "administración para ingenieros", eventos como "interioridad y futuro humano" o "ciencia, tecnología, sociedad y humanidades", un doctorado en "educación" con características singulares y resultados sorpresivos...

Conclusión

Me pareció pertinente modificar un poco el contenido de la conclusión del Informe para adecuarla a un público diferente, con la intención fundamental de dar un ejemplo de que es posible, no sin dificultades, ir transformando una universidad concreta y actual hacia la universidad del futuro sugerida en este ensayo. Al final de cuentas, como siempre, usted tendrá la última palabra.

Como quizá algunos de ustedes puedan concluir, en las entrañas de la UIA se gesta la universidad del futuro, esa universidad diferente y pertinente que está empecinada en satisfacer su vocación de servicio al ser humano. Quien mueve a la Ibero es el hombre, la persona, la gente y no otra cosa. La UIA-Golfo Centro, ubicada en Puebla para dar servicio a la región sur del país, está embarazada del hombre del futuro. Un hombre capaz, sensible a la problemática social, abierto al misterio último de la realidad y en perpetuo servicio cualificado a los demás.

El reto de la educación es desarrollar la conciencia del otro, el reto de la vida es decidir teniendo presente al otro y el reto de la felicidad es decidirse por el otro. El otro soy yo. El otro está antes, antes de mi libertad. "Ama a tu prójimo por que eres tú mismo" afirma Levinas. Porque en el otro soy, con el otro camino, por el otro me empeño y para el otro vivo. El cuidado del otro toca con fuerza el portón de salida de la modernidad.

La hormiga conoce la fórmula de su hormiguero. La gladiola la fórmula de su desarrollo. No la conocen ciertamente al modo humano sino al modo suyo, pero no necesitan más. Sólo el hombre desconoce su fórmula, escribe Dostoievski.

La UIA por su genética, en su mismísimo DNA, al sentir el mundo a la luz de cierta visión establece una misión, es decir, una alternativa universitaria para combatir los aspectos sociales y culturales que no le gustan. El mundo está sufriendo una mutación sin precedentes, ante lo cual la UIA tiene una propuesta, una apuesta. Una misión es un horizonte que orienta el andar, le da sentido a la existencia. Si se establece que la misión es "formar hombres y mujeres capaces para los demás", quiere decir que hacia allá se deben orientar las preocupaciones, los esfuerzos y las acciones de las personas y los proyectos, los programas y los recursos universitarios.

No he encontrado ninguna otra misión universitaria fundante o renovada con mayor claridad y pertinencia actual que la que asumimos en la UIA-GC, es por ello que la propongo para cualquier otra universidad: "*homine et feminae capaches alteribus*". La UIA apuesta a que es a través de los demás como se pueden dar las bases axiológicas para contribuir a resolver los problemas que padecen el hombre y sus instituciones, tales como la frustración, el desamor, la enajenación, la soledad..., que nos impide vivir dignamente y, en el aspecto social, la injusticia que nos angustia, la pobreza que nos asedia, la miseria que no queremos ni ver, la contaminación que nos afecta y afectará a generaciones futuras, las drogas que nos preocupan, la corrupción que nos carcome, la guerra fría o caliente, aquella en la que antes, cuando se perdía, se retiraban las tropas, hoy, para ganar, se retiran recursos financieros... El primer peldaño hacia la solución social y existencial es el otro, el prójimo.

He aprendido que esta misión tiene dos eslabones desde el punto de

vista ético: "formar profesionales capaces" y "ser para los demás". El primer eslabón es una responsabilidad universitaria ineludible desde el punto de vista personal y social, es decir, "formar personas capaces" es obligatorio para todos. Al entrar a estudiar o trabajar en esta universidad adquirimos este compromiso: formar y formarnos como profesionales excelentes, capaces. En cambio, "ser para los demás" es una invitación; una propuesta existencial que hacemos los universitarios hacia dentro y hacia fuera. No podemos obligar a nuestros alumnos ni a nuestros universitarios ni a las personas del exterior a que sean para los demás, mucho menos que atiendan a los menesterosos; a lo más que podemos llegar es a dar ejemplo personal y comunitario de ello y a estar dispuestos a dialogar sobre el particular. El diálogo hace surco y el ejemplo siembra.

La parte humanizadora de esta misión universitaria es una invitación, tal y como es el contenido del mensaje de Jesús o de Ghandi: llamado, no imposición. Parece que las cosas importantes en la vida no se pueden imponer. ¿Es posible exigir la compasión hacia el débil? ¿Es pretendible que un padre fuerce el cariño de su hijo? ¿Es posible demandar la atención hacia el que nos reclama? ¿Es indicado forzar el cuidado de un enfermo? ¿Es válido reclamar el amor del amado? ¿No sería inocente obligar a creer en Dios?...

Qué paradójica es la vida humana: lo que buscamos con pasión, como tener posesiones, tener más poder, vivir más placenteramente, que nos paguen una deuda o que nos den una disculpa, parece que no vale tanto la pena, y lo que en verdad es crucial en la existencia humana, la relación amorosa, nos pasa de lado.

La misión a la que se nos invita tiene la savia que los tiempos han perdido: el hombre, el otro, los demás. Esta ausencia es la astilla que tiene clavada la sociedad contemporánea y la droga que tiene al hombre viviendo sin vida, como si estuviera muerto. La cruz está hecha de entrega; la renovación de la vida humana y social también.

Es tiempo de entrar en nosotros mismos. Son momentos de compasión, solidaridad e integración. Somos todos hermanos y hermanas porque tenemos el mismo alfabeto genético. El centro es el otro, no el mercado, no el dinero. La Universidad del futuro, la UIA, es una invitación a vivir la vida en función de los demás. Y por esta razón tiene la responsabilidad de formar excelentes profesionales.

"*Carpe diem*". Nos hemos atrevido a mirarnos con valentía y humildad teniendo presente nuestro contexto, al tiempo de constituir una universidad diferente que creemos cruzará los umbrales del próximo milenio con orgullo y pertinencia. El viaje hacia la interioridad personal e institucional es más riesgoso que ir a la luna u otras galaxias, pero al mismo tiempo tiene un mayor potencial de satisfacción. No es lo mismo leer una introducción que escribir la propia. No es lo mismo decidir desde las alturas que en equipo.

Queda en Puebla y la región una universidad más integrada, participativa, creativa, plural y con una mayor conciencia de su entorno, es decir, un poco más preocupada por promover una formación sólida integral en sus alumnos, una investigación que aporte soluciones a la lacerante situación social y una difusión que promueva el crecimiento humano.

Un estudio realizado sobre 1 700 directivos llegó a la conclusión de que el éxito estaba emparentado con una actitud de confianza, con la preocupación por la realización personal de los empleados, con la ausencia de ego, con la disposición a escuchar a sus subordinados, con la valentía de correr el riesgo de la innovación, con la altura de expectativas y con la capacidad de colaboración y de integración de ideas y esfuerzos. ¿No les suena esto familiar?

Para terminar, quiero expresar sólo tres preocupaciones derivadas del intento de reinventar una universidad actual:

Una se refiere al apoyo financiero a los alumnos. Las presiones de la modernidad impiden que se pueda apoyar económicamente a más estudiantes. Me duele que muchos alumnos no puedan obtener, por razones económicas, la formación profesional-humanista que ofrecemos y, por supuesto, la que también ofrecen otras universidades. Para este semestre, por ejemplo, recibimos 430 solicitudes de apoyo financiero y sólo pudimos atender alrededor de 110. Éste es un reto fundamental para las futuras gestiones no sólo de la Universidad Iberoamericana ni de la universidad privada sino de todo el sistema universitario de nuestro país, que espero se convierta en una excelente oportunidad para recibir apoyo externo.

Otra preocupación se refiere al aspecto educativo. Mucho, mucho se ha hecho en estos años, pero hay mucho más por hacer. Se hizo quizá poco ante ciertos ojos, pero se dio todo y se logró mucho ante

otra mirada. Una prueba fehaciente de ello es la creciente preferencia por nuestros egresados. Alrededor de 50% de ellos encuentran trabajo por sí solos en no más de tres meses de haber egresado; muchos antes de terminar sus estudios universitarios. Nuestra bolsa de trabajo tiene una eficiencia de colocación cercana a 80%, a un grado tal que colocamos a egresados de otras universidades que cumplen con el perfil profesional solicitado, es decir, hay carreras para las cuales nos solicitan más egresados de los que formamos. De 1993 a 1996 pasamos de 20 empresas registradas a 200. En 1999 teníamos ya 420 en la región y 2 000 a nivel nacional. A principios de 1999 una empresa internacional instalada recientemente en Puebla contrató a nueve egresados de la UIA-GC y sólo a cinco de otras tres universidades locales. Como éste, muchos otros ejemplos.

Otra muestra de la calidad de nuestra formación es la abundante cantidad de premios y distinciones que obtienen nuestros alumnos o pasantes. Casi en cualquier evento en que participan obtienen un buen desempeño. Algunos ejemplos recientes son:

Primer lugar de América y cuarto en el mundo en el concurso sobre vivienda popular organizado por la Unión Internacional de Arquitectos, realizado este año en Beijin, China.

Dos participaciones y dos primeros lugares en el concurso regional que organiza anualmente la Asociación Nacional de Facultades y Escuelas de Contaduría y Administración.

Dos únicas becas Fulbright otorgadas en el estado de Puebla para estudiar posgrado en los EUA, en 1999.

En el área de comunicación, premio de la revista *National Geographic*, otorgado al mejor video en 1999, y segundo lugar en la Bienal Latinoamericana de Radio realizada en Chile en 1998.

Primero y segundo lugar en el concurso de diseño de moda textil en Puebla, en 1998.

Dos participaciones, un primer lugar y primero y segundo lugares en el concurso universitario "Soluciones para la vivienda", organizado por el gobierno del estado en 1997 y 1998 (en 1999 ya no se realizó).

En el área de comercio exterior, uno de los diez alumnos seleccionados del país para el programa del Washington Center Nafta Internship en 1999, fue de la Ibero de Puebla.

Otro aspecto que caracteriza a nuestros egresados, además de su

excelente preparación profesional, es su consideración por las personas. Así lo constatan cada vez mayor número de empleadores.

Y la última preocupación es sobre la vida familiar de los universitarios empeñados en conciliar los intereses modernos con la renovación universitaria que persigue otros derroteros. El proceso para reinventar la universidad requiere de un esfuerzo enorme, pero entusiasmante como ya indiqué. Es más, no se siente cansancio porque se participa conciente y alegremente. Sin embargo, las familias resienten momentos de angustia y preocupación derivados de la lucha por romper creencias míticas establecidas que claramente han mostrado su fracaso. La búsqueda de un equilibrio entre la vida familiar y el quehacer universitario es recomendable.

Termino este servicio altamente satisfecho, porque además de los rasgos de personalidad descritos en la universidad del futuro, que claramente están incipientes en la UIA-Puebla, descubro otro rasgo por demás relevante: se aprecia una comunidad amante, humanamente amorosa. Teniendo como reflejo otras instituciones, me llama la atención que las relaciones, empeños y decisiones universitarias están preñadas de afectividad. Este tipo de relación perdura en el tiempo, allende la distancia y hace del esfuerzo universitario un edén.

Apreciable comunidad universitaria entendida en un sentido amplio, me llevo en las venas su empuje y dinamismo, en el corazón su vocación de servicio, justicia y subsidiariedad, en el recuerdo perdurable sus afectos, y en mi mente la firme convicción de que estos ocho años han valido la pena vivirlos y espero que también lo sea para cada uno de ustedes. Gracias porque me han ayudado a descubrir que los exégetas se equivocaron: Dios no es AMOR, Dios es AMAR, esa especie de fuego que cala en lo hondo del alma y que se concretiza en cuidado, preocupación y esfuerzo cotidiano por el otro, que simplemente se expresa en darse a los demás sin esperar nada a cambio. Una sencilla vocal ocasiona una brutal diferencia en la vida humana y social. "Y la razón, la palabra, el verbo se hizo carne y habitó entre nosotros" (Juan 1,2). En este sentido, no parece importar tanto el amor como el amante, no la fe sino el creyente, no la enfermedad sino el enfermo, no la drogadicción sino el drogadicto, no la guerra sino el que combate y los que se afectan de ella, no la educación sino el educando. Lo que en verdad conmueve hasta el tuétano no es la injusticia o la esclavitud sino la gente miserable o sometida.

Éste es el horizonte, el sentido y el ambiente comunitario que se antoja pertinente para una universidad de fin de época que quiere contribuir a enfrentar, con su circunstancia, los retos de los nuevos tiempos. Por esto se dice que cuando quieras saber del futuro de la iglesia católica, y en nuestro caso de la universidad, ve qué están haciendo los jesuitas.

Valga un recuerdo por aquellas personas que en este tiempo nos dieron vida y que no pudieron continuar por muerte o separación: un padre, un hermano, una pareja, un alumno, un colega, un amigo. Cada quien tiene sus recuerdos y puede constatar que hay algo peor que la muerte y es esa sensación que consume por dentro y que ya no puede expresarse. En palabras de Dante Alighieri: "no existe mayor dolor que recordar los momentos felices". Ojalá que todos encontremos en la vida al menos una persona a quien con pasión equilibrada podamos decirle: *you are my north, my south, my east and west; my working week and sunday rest; my morning, my noon, my night and midnight; my early sunrise and my later twilight; my talk, my song, my poem... I thought that love could be forgotten: I was wrong.*

Espero que en adelante sigamos intentando integrar el cielo y la tierra, el horizonte y el camino, los proyectos con las utopías, el espíritu y la tecnología, lo finito y lo infinito, la misión con los programas, los desafíos con la comunidad, lo teórico y lo práctico, lo posible y lo imposible..., a Platón con Aristóteles. Que el tropiezo en la coherencia con los ideales nos haga caminar con mayor pasión. Hay que hacer del descalabro un desafío.

Son tiempos de integración, de "nosotros", de la universidad, de los demás. Son momentos de andar con una mano apuntando a los cielos y la otra a la tierra, un pie en el aire y el otro pisando firme, un ojo en una guirnalda y el otro en un caballo, una oreja escuchando el gemir del pobre y la otra el del rico, la mente en la realidad y el corazón en un amor. El tercer milenio será de integración, de relación o no será.

Espero que este testimonio personal sobre una universidad que quiere caminar hacia otro horizonte, a pesar de los tiempos que corren, les entusiasme para intentar renovar el espíritu del quehacer universitario en nuestro país, que tanta falta nos hace.

Boston College, 1999